



Pablo Casacuberta
ESCIPIÓN

INTERZONA



Pablo Casacuberta

ESCIPIÓN



INTERZONA

INTERZONA

Casacuberta, Pablo
Escipión. - 1a ed. - Buenos Aires : Interzona Editora; Trilce, 2011.
304 p. ; 22x14 cm.

ISBN 978-987-1180-68-4

1. Narrativa Uruguaya. 2. Novela. I. Título
CDD U863

Fecha de catalogación: 30/06/2011

- © Pablo Casacuberta
- © 451 EDITORES
- © Ediciones Trilce, 2011 para Uruguay
- © interZona editora, 2011 para Argentina
Pasaje Rivarola 115
(1015) Buenos Aires, Argentina
www.interzonaeditora.com
info@interzonaeditora.com

Coordinación editorial: Mariel Mambretti

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

Tapa y composición: Hugo Pérez

Imagen de tapa: fragmento de *El éxodo* de Pablo Casacuberta,
1420 x 280 cm., colección particular de Alex Vik

ISBN 978-987-1180-68-4

Esta obra ha sido coeditada por Interzona Editora de Buenos Aires
y Ediciones Trilce de Montevideo

Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Para Andrea Arobba





I

La muchacha es bonita, pensé. La vi recorrer su interminable atado de llaves, revisándolas una a una con los dedos blancos, como si fuera ciega, mientras la inclinación de la frente y un largo rizo de pelo me impedían verle cabalmente los ojos. Pasó las últimas dos llaves doradas de la serie y luego se detuvo ante una en particular, algo oxidada, que parecía de acero. Entonces levantó la vista.

—Ahora me acuerdo: es esta —dijo mirándome a los ojos, presa de una súbita alegría. No pude menos que notar que esa alegría suya también me alegraba a mí, aunque ese descubrimiento no lograra disipar mi malestar. La circunstancia de haber tenido que apelar a su ayuda, previa cita, para poder entrar a una casa que debía haber sido mía desde siempre, seguía irritándome hasta hacerme punzar la boca del estómago.

—¿Abro yo? —me preguntó con la llave en alto, aún sonriendo. Esa era, pensé, la primera muestra de auténtica consideración que yo recordaba haber recibido en el umbral de esta casa.

—Por favor —contesté. Quería estar a su espalda mientras entrábamos, y así tener la oportunidad de verle nuevamente la nuca, aquellos omóplatos apenas salientes y también las blanquísimas piernas, que ya me habían dado un fugaz anticipo de su delicadeza cuando subimos la escalerilla del jardín.

Hizo girar la cerradura. Mientras la veía abrir la puerta y dar un

paso adentro, me apoyé en el umbral para dar una última bocanada al aire de la calle. Desde el momento en que su mano empujó el pestillo, me había asaltado el olor característico de aquel vestíbulo, ese hedor a encierro, a trapo húmedo, a medicamentos, en el que iba montada como una horda de invisibles jinetes la pelusilla interminable de los libros; el viejo, conocido dejo de podredumbre y de perfume, de tintorería y de sudor, de fruta podrida y de anís; en resumen, el olor inconfundible del profesor.

—Su padre me dijo hace años, cuando intentó poner la casa en venta, que me daba una llave que no fuera dorada justamente para que fuera fácil identificarla —dijo la muchacha, todavía presa del mismo entusiasmo—. Pero usted se imagina cómo es de ajetreado el trabajo en una inmobiliaria. Una carga todo el día con estas cien llaves y se termina olvidando de cuál era cuál. Se me ocurrió por un momento recomendarle el ingenioso artificio de rotularlas, una medida que habría tomado cualquier sujeto mínimamente racional luego del primer día de trabajo. Pero enseguida recordé el expectante interés con el que, hacía apenas un momento, la había visto recorrer con el tacto el enorme llavero, aquella lentitud casi amorosa que me había tenido un par de minutos en vilo, y entonces decidí no privar de esa pequeña nota de suspenso a sus clientes futuros.

También pesaba, en mi pobre disposición a facilitarle el trabajo, la larga serie de molestias que yo había debido atravesar para estar aquí: tener que presentarme a primera hora en la agencia, dejar sentado mi parentesco con el muerto, y entonces volver a explicar cómo demonios era que yo no tenía en mi haber la llave de la casa de mi propio padre y en cambio sí la tenía mi hermana, siendo que ella vivía en Bélgica, muy lejos de mi alcance o de la casa, y cómo justamente por eso mismo necesitaba que la inmobiliaria se dignara permitirme el paso, etcétera, un ritual que ya había debido atravesar dos veces desde la muerte del profesor, siempre frente a funcionarios distintos y parejamente indiferentes, y ante los cuales la falta de una nota expresa de mi hermana me había impedido cosechar éxito alguno.

En esta nueva oportunidad, la presencia de la *encargada de visitas*, a quien yo no había conocido hasta ahora, aligeraba un poco mi humillación, pues no solamente la mujer me resultaba la mar de agradable, sino además tenía el buen gusto de no mirarme con condescendencia, no hablar sin parar ni formular preguntas que me obligaran a manifestar mi completa ignorancia sobre las disposiciones incluidas en el testamento del profesor. Ese recato por parte de la muchacha me eximía también de mencionar la forma tiránica en que mi hermana, ausente del país desde siempre, se aferraba a lo que ella llamaba «las últimas voluntades» de mi padre. Se trataba de una especie de término técnico, que en rigor no hacía más que recordarnos a todos que el profesor jamás se habría limitado a tener una sola última voluntad, como todo cristiano, sino todo un compendio de ellas, dividido en capítulos encabezados por algún epígrafe de Plinio el joven o Tucídides.

Como fuera, había decidido hacer mi diligencia con la mayor dignidad posible. Después de todo, estaba dando cumplimiento a mi inciso personal de aquellas *voluntades*, es decir, recogiendo las tres miserables cajas que el profesor, en un último y espectacular desplante de generosidad, había dejado para mí. El hecho de que hubieran debido pasar dos largos años para que yo pudiese completar el trámite, por otra parte, le quitaba todo posible corte emotivo a ese último gesto incluido en su testamento, donde a duras penas se había establecido: «En el ropero del cuarto contiguo a las bibliotecas, dejo para Aníbal tres cajas con elementos que juzgué pertinentes para su desarrollo».

Quizá sea importante dejar claro, para que se entienda lo mucho que ese mentado «desarrollo» podría estar resultando candente en el momento de esa redacción, que por aquel entonces yo tenía ya treinta y ocho años de edad. Era prácticamente un adolescente, digamos. En alguna medida, la forma ilusionada y casi febril en que el profesor ansiaba «desarrollar» a su hijo, su muy propio y decepcionante Aníbal, con la secreta aspiración de que alcanzase alguna vez la grandeza

del otro, el Aníbal célebre y por lo tanto realmente digno de su predilección —es decir, Aníbal Barca, 247-183 a. C., el que tuvo la ocurrencia de introducir los malditos elefantes en las guerras púnicas, y cuyo ascenso y caída al mando de los cartagineses me habían sido referidos un millón de veces como origen de mi nombre—, habría llegado a ser casi emocionante, como resultan emocionantes todas las formas extremas de la esperanza, si no fuera porque a mí me había tocado justamente ser este Aníbal de aquí, el Aníbal tan parcamente mencionado en el testamento, y no el cartaginés. Era esa distancia abismal entre lo que se esperaba de mí y lo que terminé siendo lo que hacía que el dichoso desarrollo todavía viniera a cuento a pesar de que peinaba canas y llevaba años dejado de la mano de Dios.

—Hay bastante polvo, ¿es que nadie viene nunca a limpiar? —pregunté. Quería sugerir veladamente que mi hermana no cumplía con las famosas obligaciones que tanto meneaba al hablar sobre los «albaceas de la fundación».

—Viene una empleada cada cuatro meses —contestó la muchacha frunciendo el ceño. Algo, tal vez la sumatoria del olor y de mi presencia en la sala, parecía haber logrado que la chica despertara de cierto letargo sentimental y que se plantease de pronto, acaso por primera vez en el plano consciente, que había cierta peculiaridad en el hecho de que ella debiera venir a abrirme la casa de mi propio padre, una gestión que solo había podido tomar lugar contra la entrega de una nota enviada desde la remota Bélgica, que por cierto ya había sido solicitada infructuosamente en más de una oportunidad, y que tal vez, solo tal vez, habría en torno a semejante secuencia de órdenes y contraórdenes algún fruto podrido y oculto a la vista.

Ese fruncimiento del entrecejo, tan agudo y femenino, con el que acompañó su tránsito de duda, me permitió convenir una vez más que era una bonita muchacha. Enseguida pensé que esa expresión, «bonita muchacha», habría sido más bien propia del profesor. A menudo encontraba en mi discurso interior vestigios de su personalidad, rastros que yo intentaba arrinconar y acribillar como si se

tratase de ratas de baldío, pues cada uno de esos descubrimientos reanimaba en mí la ancestral indignación que sentía ante su influencia. El profesor jamás habría dicho que una mujer fuera «linda» o «hermosa». Esa declaración le habría hecho correr el riesgo de perder altura. En cambio, decir «la muchacha es bonita» constituía una forma atenuada, condescendiente del elogio, un atributo que él más bien aceptaba en vez de celebrar, y cuya enunciación no le suponía entonces mayor grado de implicación sentimental. Para desafiar esa actitud distante, que había sido el tormento de mi infancia, me imaginé por un momento en el piso de esta misma sala, tumbado junto a la joven de la inmobiliaria, ambos desnudos y revolcándonos alegremente en la alfombra mientras el polvillo de los malditos diez mil volúmenes caía sobre nosotros como cae la nieve sobre el campo. Alguno de los temblores nacidos de aquel descarado trance amoroso debió delatarse en mi rostro, porque la muchacha giró hacia mí de improviso. No pudiendo menos que notar la agitación que me latía en la cara, me dijo entonces, ruborizada:

—A decir verdad habría que limpiar más a menudo, pero esto es apenas lo que alcanza a pagar el presupuesto que nos da la fundación. Usted disculpe.

—No se preocupe, hacen ustedes lo que pueden —dije con gran indulgencia, como si estuviera en posición de disculparla, mirando hacia otro lado e intentando exteriorizar una gran familiaridad con la inmobiliaria y con la casa, es decir, conduciéndome como si fuera cabalmente un miembro de la familia.

Caminamos entonces por el largo pasillo de la planta baja, subimos por la escalera de madera y pasamos junto al cuarto de las bibliotecas. Durante el trayecto recordé, solo para atormentarme, que yo vivía en una pensión donde debía compartir la habitación con un anciano senil —tan senil que en dos oportunidades, por poner un ejemplo, había tenido a bien defecar en el centro del cuarto, directamente sobre el piso de tablas—, mientras esta casa paterna, que

estando ahora deshabitada podría haberse considerado mi residencia natural, me estaba vedada por medio de intrincados artificios legales, y desde hacía dos años venía siendo administrada con un celo estricto, sobre todo si se trataba de impedirme el acceso a sus incontables bienes, pero con un cuidado bastante más laxo en lo que refería a evitar que los famosos y siempre mentados tomos incunables fueran devorados por los gusanos o los ratones, un festín que era evidente por la cantidad casi irrespirable de aserrín en el aire.

Que se los coman todos, pensé con amargura. Que empiecen por las obras de Herodoto y continúen por las de cada miserable historiador que se haya interpuesto entre la Prehistoria y el profesor, incluyendo los treinta y dos volúmenes de su propia autoría, que imaginé aún pululando sobre su escritorio como larvas de mosca, surcados de rayones y bullendo de anotaciones al margen. Que se los coman página a página, en especial su querido *Anotando a Gibbon*, tomo que hasta el mismo día de su muerte él seguramente habría seguido rayoneando al margen, «a la espera de futuras reediciones».

Entramos entonces al cuarto contiguo a la biblioteca. Junto a la puerta se recostaba, sobre un archivero de metal, el ropero mencionado en el testamento, desde cuyo interior asomaban claramente mis cajas. Las reconocí de inmediato, pues estaban rotuladas en cada costado visible con un marcador estridente, como si todavía fuera dudoso que yo supiera leer mi nombre, y entonces el profesor debiera facilitarme la tarea con unas letras del tamaño de un dedo pulgar, repasadas varias veces con aquel rojo sangre. Tomé las cajas y traté de apilarlas en mis brazos como para salir corriendo cuanto antes con el botín, pero pronto encontré que el intento era impracticable, pues el propio volumen de las cajas me lo habría impedido. También me di cuenta de que huir sin permitirme primero revisar al menos mínimamente su contenido me señalaría ante la muchacha como un ladrón o un prófugo o, en todo caso, como un sujeto despojado por alguna razón del derecho a hacer

uso cabal y extensivo del horario que le habían asignado, es decir, de explayarme a todo lo ancho y lo largo del lapso que va desde las cuatro hasta las cinco en punto; pues hay que decir que esa era la generosa porción de la tarde que había sido destinada a mi libre albedrío. Después de apenas dos años de tratativas para entrar en la casa, recibía finalmente una hora completa, con todos sus minutos, de contacto con el ancho y florido mundo de mi padre, una mísera hora a la que en rigor ni siquiera en el más genuino arranque de despecho habría renunciado, pues había decidido apenas unos meses después de su muerte que iba a hacer un esfuerzo por dejar de pelear al menos con su recuerdo, y entonces había intentado, en la medida de lo posible, que las dos oscuras cláusulas que su testamento destinaba a mi persona no arruinasen esa determinación. Así que, puesto ahora frente a la prerrogativa de administrar con alguna propiedad al menos estas tres cajas, que a todas luces parecían ser todo lo que me tocaría administrar alguna vez de su legado, resolví sentarme a la mesa que había bajo la ventana con la más grande de ellas, tomar un abrecartas de un vaso de Murano y cortar con toda majestad la cinta que la sellaba.

—¿Quiere un momento de intimidad? —me preguntó la muchacha de improviso, luego de seguir unos instantes en silencio mis maniobras.

Claro que sí, pensé al alzar la vista, consciente de estar conjurando en esa palabra, *intimidad*, mucho más el deseo de rozar con el dorso de mi mano el mechón de pelo castaño que le cubría parcialmente el ojo que la humillante tarea arqueológica a la que el profesor me había condenado desde el más allá.

—No, no, quédese. Se me hará más fácil —contesté, sugiriendo otra vez con el tono de voz que atravesaba la situación con la mayor familiaridad.

—Como guste —dijo ella y avanzó hasta la otra ventana, donde al descorrer una de las pesadas cortinas permitió que la luz inundase de pronto el cuarto. Luego se quedó allí, con la vista perdida en el jardín.

Manos a la obra, me dije entonces. Al levantar las solapas de cartón de la tapa, lo primero que la caja me reveló resultó ser un trozo de tela violeta, que tardé unos instantes en reconocer. No fue hasta que la hube extendido totalmente fuera de la caja, que completó su aparición aquella especie de reliquia, tan triste que casi resplandecía, como si hubiese sido traída hasta la mesa mediante alguna lejana invocación espiritista. Se trataba del primer atuendo que fue alguna vez confeccionado para mí: un disfraz de guerrero etrusco, con cinto de cuero y una hebilla hecha de cartón dorado, que rezaba *Eca cepen tuthiu tuch icu tevr*, lo que, según se me hizo memorizar al pie de la letra a los once años, quería decir, en el etrusco original, «el alto sacerdote ofrece sus honores al dios lunar».

La hebilla resultaba gigantesca aún hoy. Por supuesto que el día en que lo estrené, al llegar a la fiesta de la escuela para la que había sido preparado, me sentí obligado a presentar –cosa que habría horrorizado al profesor si hubiese podido oírme– mi disfraz como un «traje de romano». Y también, ante la inevitable pregunta acerca de la inscripción en la hebilla, había decidido, con el mismo aire casual, contestar al correspondiente par de curiosos de cuarto año que aquellas letras transcritas con tanta precisión eran apenas «unos garabatos». El día quedó fijado especialmente en mi memoria, no tanto porque el desproporcionado empeño del profesor hubiera tornado el disfraz en sí más o menos ridículo que el de mis compañeros, sino más bien porque, al recibir su saludo desde la fila de los padres, había tenido por última vez la impresión de que él estaba orgulloso de mí.

Ahora, al alzarlo en la mano, aquel disfraz me resultaba minúsculo, estridente e históricamente impreciso, pues el cinto no casaba del todo con la imagen de los etruscos que tenía en mi cabeza adulta. El estado del traje delataba que había estado involucrado en una larga serie de carreras de embolsados, de las que daba testimonio una hilera de salpicones de barro desparramados a lo largo del pecho. Parecía, sin embargo, confeccionado ayer mismo: estaban

intactas las costuras ribeteadas por mi tía Almita, a quien mi padre encomendó la parte más extenuante de la tarea, pues como es de imaginar el profesor jamás se habría permitido incurrir con sus propias manos en el corte y confección; permanecía orgulloso en su sitio un moño de tela en donde debía engancharse una toga que ahora faltaba en la caja y que recuerdo que mi padre insistió en que fuera de lino; y sobre todo destacaba aún el cinturón ancho, desproporcionado, como de boxeador.

Me detuve un momento, tratando de no llamar la atención de la muchacha, a preguntarme qué demonios sentía. Había visto por última vez este trozo de tela justo al día siguiente de aquella lejana fiesta de disfraces, cuando las maestras nos habían mandado a casa con el boletín de calificaciones en la mano y yo me había quedado, al volver de la escuela, oculto en el jardín del fondo hasta el anochecer, con la esperanza de que ese ardid pudiera evitar la entrega del boletín a mi padre o al menos posponer su correspondiente decepción al corroborar que yo no era el primero ni el segundo de la clase, sino el séptimo. Esa noche el profesor me dijo, cuando la hora de la verdad hubo llegado, que aquel traje no se ganaba por ser un hijo cualquiera, sino «un hijo a la altura de las circunstancias». No se habló más, recuerdo, durante un largo rato. Finalmente, él se levantó y dijo, desde el umbral de la puerta, como si el asunto hubiera sido súbitamente laudado por su honorable senado interior: «Veremos a quién se lo regalamos».

De modo que en mi examen del traje había varias notas sonando al unísono. Por una parte, era emocionante saber que mi padre lo había guardado por tres décadas, fuera de mi vista y de la de cualquier otro, aunque yo todavía ignorase sus motivos. Es claro que la sola presencia del traje en la caja sugería un cierto acto de rehabilitación, pues fuera como fuese el pequeño adefesio se estaba devolviendo por fin a su legítimo dueño. También, por otra parte, todo el trabajo que se había tomado al plegarlo y guardarlo durante media vida no hacía sino confirmar que mi padre jamás llegó a entrever

el odio intenso que el traje me había inspirado desde el primer día, es decir, no solo la vez que me tocó vestirlo en público sino incluso mucho antes, desde la tarde en que se diseñó, cuando me vi obligado a asistir al largo y aparatoso proceso de investigación histórica que le dio origen, sonriendo nerviosamente mientras en secreto envidiaba a todos mis compañeros de clase, esos niños dichosos a los que sus padres, sin ningún interés por la gloria, disfrazaban de vaqueros mediante el torpe pero espontáneo artificio de agregarles apenas un sombrero. Tenía entonces una actitud ambivalente ante esos niños, pues aunque el profesor me había inculcado que sus disfraces debían considerarse «triviales», ya había comenzado por mi cuenta a intuir que nosotros, mi padre, mi hermana Berta y yo, con nuestra veintena de libros desperdigados alrededor de la tía Almita y de su diligente máquina de coser, éramos muchísimo más ridículos que cualquier otro niño del mundo, vistiera como vistiese.

Había, según quise creer, un mensaje implícito en el acto de devolvérmelo, un mensaje que invitaba a descifrarse. ¿Se trataba de un «nunca debí hacerte creer que lo había regalado»? ¿O quizá «todavía tengo esperanza en que puedas ser un etrusco decente»? Quién sabe. Tal vez era simple y llanamente «ahora te toca a ti guardar esta porquería». Como fuera, era raro enfrentarse a esa ambivalencia, pues el profesor siempre se las había arreglado para que sus mensajes fueran claros como el agua. «No debí tener hijos», uno de sus bocadillos de cabecera, era definitivamente gráfico. «Su madre nos dejó porque estaba cansada de vivir entre bestias», otro reproche de mención algo más esporádica, era también diáfano en su significado. Por eso ahora la aparición de este trapo violeta me llenaba de perplejidad y de intriga.

Tardé unos momentos en notar que mis ojos estaban inundados de lágrimas. Y no lo hice hasta haber percibido que la muchacha de la inmobiliaria, por más que intentase conservar su discreta vigilancia del jardín, me lanzaba de cualquier forma algunas miradas furtivas. Fue ante la reiteración de esas miradas

que terminé por descubrir que efectivamente estaba llorando. Fue una de esas constataciones a las que uno arriba como si sus ojos fueran de otro. Como si uno comenzara de pronto a notar que los ojos de un pasajero que viaja junto a nosotros en un tren se le han ido inyectando de lágrimas sin que sepamos el motivo. Así me sentía ahora, encarnando a un tiempo al pasajero en cuestión y a su intrigado vecino, sin poder desenterrar de raíz el sentimiento para revisarlo a la luz, pero intuyendo que se trataba de un tubérculo retorcido, pisoteado y seco.

Una de esas lágrimas, que yo intentaba reabsorber por vaya a saberse qué novedoso uso de la glándula lacrimal, terminó en cambio por descolgarse del ojo y caer por la mejilla, viniendo a perderse en mi incipiente barba. Como no quise llevarme las manos a la cara, pronto el otro ojo dejó caer también su lágrima, que se arrastró mucho más lentamente, dejándome un largo rastro húmedo en la mejilla. Hubiera querido estar en cualquier parte, menos allí. Incluso el cuarto miserable de mi pensión habría sido un ámbito más propicio para echarme a llorar que aquella habitación de mi padre, a la vez tan conocida y tan ajena. La mirada de Lucas, el anciano senil que hacía mi vida cotidiana insoportable, me habría pesado menos que la presencia de uno solo de estos miles de libros, que parecían vigilar y juzgar cada uno de mis movimientos desde la biblioteca.

—Tome —oí a mi lado. La muchacha, que me miraba consternada, me había extendido un pañuelo. Para favorecer todavía una mayor cortedad, el pañuelo en cuestión era rosado, con una guarda floreada en tonos lilas.

—Gracias —dije sin poder siquiera mirarla a los ojos. Hacía apenas unos instantes estaba imaginando que la poseía en el piso del cuarto, entre las pilas de carpetas, y un par de minutos después, por la sola aparición del miserable trajecito, ya estaba llorando frente a ella como un mocosito. Limpié las lágrimas como pude, cuidando de no estropearle el pañuelo.

—Permítame decirle que lo comprendo, de todo corazón —me dijo la señorita mientras se lo devolvía—. Mi padre murió unos meses antes que el suyo. Fueron velados en la misma casa funeraria. Lo sé porque asistí al velorio del profesor, enviada por la inmobiliaria, pero también porque yo le tenía un aprecio personal. Fue una pena que no pudiera conocerlo a usted entonces, pues según recuerdo le tocó estar lejos del sepelio por motivos de salud. Pero como le decía, ya hace casi tres años que también mi padre se nos fue. Y no pasa un día en que mi charla no lo traiga a colación.

Dijo esto de un tirón y bajó la mirada. Entretanto, aproveché su pausa para respirar hondo. ¡Dios santo, pensé, esta lánquida muchachita, tan cargada de llaves, a quien yo sonreía hasta hace unos minutos con toda inocencia, posee un completo prontuario sobre mi padre y sobre mí! De pronto no solo tenía ella un «aprecio personal» por el profesor, sino que también había participado en su sepelio, con la suficiente presencia de ánimo como para tomar nota de que el hijo del muerto no había asistido a la ceremonia por razones que ella tipificaba, con gran elegancia elíptica, como «motivos de salud», pero que era fácil intuir que conocía al dedillo, probablemente por boca de Berta, quien por supuesto habría, de haber podido, tomado un megáfono y publicitado entre los centenares de académicos, hombres de letras y funcionarios allí presentes que Aníbal, el experimento fallido del profesor, no se contaba entre tanto dignatario por encontrarse borracho como una cuba e incluso tal vez tumbado, como ya había ocurrido en una oportunidad y justamente en un predio universitario, en el fondo de una zanja. Berta habría encontrado en esas palabras la resonancia ideal para dejar vibrando tras de sí al abordar su avión a Bélgica, partida que por cierto debió concretar apenas un minuto después de dejar establecidos, en gran detalle y mediante escribano, los rituales de humillación a los que se me iba a someter en adelante, de tal forma que siguiesen una estricta concordancia con los deseos del profesor, que Berta siempre había acatado como órdenes.

La muchacha había vuelto a alzar la vista, esta vez con mayor decisión. Me di cuenta entonces de que, mientras yo hacía ese errático seguimiento de su vínculo con mi familia, había pasado por alto que en realidad la chica acababa de mencionar una pérdida propia, traída además a la charla con la sincera intención de darme algún consuelo. Y además este recuerdo le había causado, visiblemente, tristeza.

—Lamento lo de su padre —le dije entonces con gran retraso y meneando la mano con torpeza—. Es así. Un día ya no están.

Esa tontería que terminé por proferir no pareció caerle mal, pues asintió vagamente, mientras se miraba las manos en silencio. Luego intentó ofrecerme una especie de sonrisa, que se le quedó izada a media asta, y un instante después se desvaneció.

—Me appena que haya debido tardar tanto antes de reunirse con sus cosas —dijo por fin, al cabo de su larga y meditada pausa.

—Bueno, yo no diría que «debí tardar». Diría, en realidad, que se me ha hecho tardar con toda intención, por razones que en buena medida aún se me escapan, pero que han sido establecidas por escrito en varios documentos, de las cuales la fundación, y muy especialmente mi hermana, me ha permitido conocer apenas la frase que concierne a estas tres cajas. —La vi seguir mi dedo hasta rozar la que ya tenía abierta sobre la mesa—. Supongo que lo que le estoy diciendo no constituye para usted ninguna novedad.

Por alguna razón, volvió a sonar en mi cabeza la torpe sentencia con la que había intentado, unos minutos antes, acusar recibo de su solidaridad: «Es así. Un día ya no están». La miré nuevamente a los ojos mientras pensaba a quiénes me refería con aquel plural, «están». ¿A los padres?, ¿a los seres queridos? Ella quizás creyó que mi aire de interrogación la implicaba como responsable de mis privaciones, porque estiró el cuello de pronto y se lanzó a hablar frenéticamente:

—En aquel momento, por ser nueva en la empresa, no tenía idea de lo que se acordó con los abogados y albaceas. Sé que el escribano estuvo buscándolo a usted dos semanas, y que luego desistió.

A mí me pareció que el esfuerzo que se hizo fue poco, pero imagínese, por aquella época yo llevaba menos de un año trabajando en este puesto, y entonces nadie me daba la menor injerencia en las decisiones. Y este caso me importaba especialmente, pues... no sé si sabe que la persona que estableció el vínculo entre su padre y la inmobiliaria fui casualmente yo.

—Pero... usted parece muy joven —dije yo, otra vez incurriendo en el modelo de galantería del profesor. A él le encantaba hacerles notar a los demás que eran jóvenes. De alguna manera se las apañaba para que de esa constatación no se desprendiera que él fuera viejo, sino en todo caso «experimentado».

—Sí, bueno, yo había sido alumna suya durante apenas un semestre, un par de años antes. En clase a menudo traía a la charla cuestiones de su vida personal y una vez, al pasar, mencionó que deseaba tasar su casa. Nos contó entonces una serie de anécdotas graciosas sobre la historia de la casa, que me acuerdo que relacionó, en ese estilo tan peculiar suyo, con la historia de la guerra entre Roma y Cartago...

No pude entonces menos que sustraerme de sus palabras e imaginarme al egregio, al gigantesco profesor Brener, parado frente a una hilera de alumnas embelesadas, y trazando, con un tono untuoso e hipnótico, el mapa de alguna solariega casa norafricana que fuera apenas una mágica y oportuna transfiguración de la suya propia; ah, muchachas, la casa que uno tiene, las parras con orondas uvas, las flores que ofrecen su generoso néctar a los tornasolados colibríes; ah, alumnas jóvenes, ámenme, vengan ustedes también a libar de mis secretos zumos, exploren, conozcan de cabo a rabo esta su humilde casa; ¿es que no ven cuán formidables son los aires de primavera, el cielo diáfano, el ser humano en plenitud, yo mismo? ¿Acaso es posible que un sujeto como yo, con este amor por las cosas de este mundo, haya podido ser abandonado por una mujer, ah, fría y siempre distante, y dejado a mis años a cargo de dos hijos jóvenes, con tan desparejo entusiasmo por el

reino de las ideas y de la historia? ¿Les mencioné que, por cierto, quiero tasar mi casa? ¿Alguna de ustedes trabaja, por ventura, en una inmobiliaria?

Basta, me dije. Tuve que contener el monólogo, pues temía que el ruido de mi mente pudiera terminar, dada su ya franca estridencia, por retumbar en todo el cuarto, y además su tintineo me estaba impidiendo prestar atención al testimonio de la chica, de cuyo hilo me perdí unas cuantas frases.

—... al final lo relacionó de una forma brillante, si mal no recuerdo, con la campaña de Escipión contra los cartagineses. Su charla tenía esa cualidad. Una salía de clase con la sensación de haber recibido apenas un informe sobre la vida personal del profesor, y sin embargo terminaba teniendo, de alguna forma misteriosa, una idea bastante completa acerca de qué era exactamente, por ejemplo, lo que Escipión buscaba, o qué fue lo que logró.

—Vencer a Aníbal —mascullé con amargura.

—¿Perdón? —Me miró ella por un momento, saliendo súbitamente de su trance panegírico.

—Lo que Escipión logró, en el año 202, fue vencer a Aníbal. Luego diezmó los ejércitos de los pueblos que lo apoyaron, y sometió a los cartagineses a un régimen de opresión y tributo. Aníbal vivió diecinueve años más, tuerto, humillado y solo. Conozco la historia con cierto nivel de detalle, entre otras cosas por tratarse del origen de mi nombre.

—Ah, pero claro, si es verdad que usted se llama Aníbal. Y también es, según mencionó su hermana, historiador, ¿no es así?

—Estudié Historia, sí, y trabajé haciendo investigación con el profesor por algunos años. Luego, hace ya un tiempo, dejé la profesión —concluí bajando la mirada y el volumen de mi voz, con el tono de querer acabar con el tema de una buena vez. Sin embargo la muchacha, ya inexorablemente embarcada en un viaje hasta aquel semestre dorado en el que fue mecida por la lírica de Brener, entornó los ojos, soñadora, e inclinó la cabeza hacia un costado.

De alguna manera, me estaba haciendo depositario de cierto afecto remanente del que antes destinaba al profesor. Era una dádiva que no me correspondía, pero yo, miserable como siempre, me dispuse a recibir de buen grado esa módica corriente de amor.

—¿Dejó la profesión? ¡Ah, lo dice con tanta resolución! Ojalá yo pudiera decirlo de esa manera. No, yo en cambio siento que traicioné mi sueño, me dediqué a trabajar y me fui convirtiendo de a poco en lo que me había prometido no ser jamás. Una funcionaria. Al principio entré en la inmobiliaria para solventar los estudios. Luego perdí, como ocurre tan a menudo, el sentido de las prioridades, y me venció finalmente la comodidad. Y aquí me ve ahora.

Ella supondría, me figuré, que esa breve reseña del abandono de sus *sueños* iba a abrir poco menos que un boquete en mi corazón. Sin embargo la veía parada firmemente frente a mí, bien vestida, sonriente y luminosa, dejando en cada ademán de las manos una estela de su piel perfumada en el aire: era, por donde se la mirase, la imagen viva de la salud. Era, por otra parte, una persona que aún guardaba algún cariño por esos sueños incumplidos. ¿Quién en su sano juicio sentiría por ella pena alguna? Y en todo caso, ¿de qué sueños me estaba hablando? ¿De un par de semestres pasados en permanente jolgorio, departiendo como si se tratara de tertulias para jovencitas en las que me imagino que apenas faltaría una jarra de limonada y una buena bandeja de canapés? ¿Tenía yo que sentir lástima por la pérdida de aquellas veladas de pura cháchara doméstica, cuando yo había pasado mi juventud devorando, tomo tras tomo, esos clásicos cuyo contenido al parecer no importaba a nadie? ¿Qué culpa tenía yo si mi sentido de la historia difería del que tenía el profesor en ese pequeño matiz que él consideraba secundario, y que consistía en que para mí los datos históricos resultaban más relevantes que la lírica? ¡Claro, claro que era más dramático cautivar a una clase entera de incautos diciendo que Nerón tocaba la lira mientras Roma se incendiaba! El hecho de que la anécdota no fuera del todo cierta no hacía sino constituir una pequeña basurilla en el ojo de la narración, una

basurilla que mi padre desalojaba presto, con un rápido y elegante pestañeo.

¡Y cómo disfrutaba el profesor, desde mi más temprana juventud, toda vez que en la colisión entre ambas modalidades de la narración yo saliera perdiendo, ridiculizado por sus argumentos y expuesto a la lástima general! «Pobre, el hijo —oía a veces decir a mi espalda— pone empeño, tiene el ímpetu de la juventud, pero carece del genio de Brener: es apenas, por donde se lo mire, un ratón de biblioteca. Un tinterillo. Además, dicen que últimamente bebe. Lo han visto un par de veces, en el pequeño cuarto donde ejerce la ayudantía de cátedra, sacando del cajón una de esas botellitas metálicas... ¿Cómo es que las llaman? ¿*Petacas*? Bueno, sí, una de esas petacas... Si al menos tuviera el talento de la hermana, Berta... ¿La has visto en su cátedra, ahora que es titular, hablando sobre Bizancio? ¡Ah, es un poema! ¡Da gusto oírla disertar, si hasta uno siente que sobrevuela los minaretes de las primeras mezquitas!». ¿Importa que las primeras mezquitas no tuvieran necesariamente minaretes? ¡Qué va! ¡Si el placer de escuchar a Berta Brener es oírta tañer la lira y cantarle a ese lejano mundo de sueños al que todos, hasta la muchachita del atado de llaves, hemos olvidado!

—Tal vez no se perdió gran cosa —terminé por contestarle al cabo de mi larga diatriba interior, y luego agregué, tratando de sonreír—: Yo la veo a usted de lo más alegre en su trabajo actual. Mírese. ¿Ha visto en cambio muchos historiadores alegres?

—Bueno, a decir verdad, solo al profesor Brener. Nunca vi a su hermana en un contexto académico, por otra parte. Solo hablamos unas palabras en el funeral, y luego me la crucé en la reunión que hubo entre ella, la inmobiliaria y los albaceas de la fundación. Es lógico que en semejantes instancias no haya resultado particularmente alegre, pero había gente en la facultad que decía que ella había heredado el talante jovial de su padre. ¿Y usted, no daba clases? Tengo desde que entramos la impresión de que su cara me es conocida.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en www.interzonaeditora.com y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

interZona es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

INTERZONA